

La nación tiene hambre y sed de paz, de justicia, de progreso. Desde la cumbre del poder, el Presidente de la República ha proclamado la concordia entre los hijos de una misma patria, de una misma Iglesia. Tal ha sido siempre el anhelo de los obispos colombianos. Y todos sabemos que iréis á ser en el Cauca no sólo prelado, sino padre; no sólo preceptor, sino modelo; no sólo la cabeza, sino el corazón de vuestros diocesanos.

R. M. CARRASQUILLA

29 de Junio de 1907.

## ANTIOQUEÑOS Y SU RAZA

Varios publicistas se han ocupado en delinear el tipo antioqueño, tratando de pintar, cada cual á su modo, el carácter especial de aquel pueblo provinciano, que sin duda se diferencia en muchos de sus rasgos de sus congéneres de otras regiones.

Enfrente á las dificultades que surgen á primera vista para percibir con claridad las razones de esas diferencias características, algunos escritores se han avanzado hasta querer ver entre esas diferencias una de raza, llegando hasta afirmar, que los antioqueños no son ni de descendencia indígena, ni española, ni negra, ni mezcla de éstas, sino.... judía! Y para llegar á esta singular conclusión no se han tomado la pena de examinar el problema bajo todas sus faces, es decir, cómo lograra ese grupo de judíos, embarcarse clandestinamente en los siglos XVI y XVII, cuando sólo ciertos puertos de España tenían el privilegio de aparejar y enviar escuadras para las Indias, y sólo la gente enganchada bajo especiales condiciones tenía autorización para venir á poblar en las Américas. Luego habría que investigar, bajo el punto de vista etnológico, y filológico si realmente existen los caracteres de raza, de una raza distinta de las que históricamente han venido á poblar en Colombia y en el resto de América.

Semejante conclusión sería una octava maravilla. El trasplante, en secreto, de una colonia judía al centro de estas montañas andinas y su desarrollo en ellas hasta constituir un pueblo especial, que habla español y profesa devotamente la religión católica, sería un fenómeno bien singular; y tanto más cuanto resultaran esos descendientes de judíos con apellidos de Uribes, Echeverris, Echavarrías, Chaverras, Alzates, Henaos, Restrepos, etc. etc., cuyo origen es netamente vasco.

El problema es ciertamente curioso y embrollado, principalmente por falta de documentos históricos; y si me he propuesto iniciar la investigación sobre datos distintos, se debe á mi creencia, que es tomada de naturalistas científicos y viajeros observadores, de que las razas humanas se asimilan al medio en que viven hasta formar tipo, ó perecen. Como medio debemos entender la naturaleza del territorio, bajo todas sus condiciones de suelo fértil ó pobre, con sus condiciones climáticas, posición geográfica, medios naturales de subsistencia, de comunicación, etc., hasta saber:

## I

## CÓMO SE FORMA UNA RAZA

No estará demás tocar el punto preliminar de la clase de gente que venía á América desde los días del descubrimiento y colonización de estos países. La conquista no fue hecha por tropas regulares de la Corona de España, sino por concesiones hechas por los reyes á particulares, los cuales engancharon *voluntarios*. Es asunto de mera conjetura y de sentido común suponer qué clase de gente se comprometería en aquellas expediciones. Desde que sabemos que eran voluntarios, ya podemos ver que una expedición se compondría de soldados licenciados, marinos sin colocación, labriegos y comerciantes arruinados, y cuanta clase de tipos pudiera dar la España del siglo xvi, y que me-

recieran el nombre genérico de *aventureros*. Ni veo otro modo de concebir semejantes expediciones, que no podían tener otro móvil individual sino una ambición de desesperados, que en cierto sentido era lo mejor que podía desearse para el caso, pues sólo en gente así puede concebirse dejaran su patria, su bello país de clima delicioso, para venir á *establecerse en las terribles soledades de los trópicos*, Para tales fines no creo pudiera haber selección posible, sino la de preguntar á cada nuevo enganchado si estaba RESUELTO Á TODO.

Con tal clase de gente se hizo la conquista; y con ella se fundaron las colonias, que al principio fueron verdaderamente informes, sobre todo en Colombia, donde se establecieron bases de conquista en Panamá, Cartagena, Santamarta y costa de Venezuela, de las cuales surgieron como ramificaciones las colonizaciones al interior de Gonzalo Jiménez de Quesada, Fredermán, Benalcázar, proveniente de Lima, y Jorge Robledo, venido de Cartagena, por la vía del Darién. Todo aquello, si se considera debidamente, era una colección de informes disparates; y lo que más sorprende es cómo fue que los indios no se comieron íntegramente esos pequeños grupos de aventureros.

Pero el resultado, bien sea absurdo ó asombroso, es que las colonias se fundaron tanto en las *altiplanicies* de la Cordillera Oriental como en el Valle del Cauca. En Antioquia, llamado entonces Valle de Ebéjico, se hizo la colonización más en pequeño. Esa región quedó sometida á la autoridad de Benalcázar, bajo el mando, por el momento, de Jorge Robledo, y vegetó como una dependencia insignificante durante largo tiempo, debido á causas geográficas y políticas que examinaremos más adelante.

Por el momento es necesario hacer notar cómo y por qué se desarrolló primero, viniendo á ser *cabeza política* la Colonia de Cundinamarca, que luego constituyó con Tundama, Cauca, Antioquia y las costas de ambos mares, el Virreinato de Nueva Granada.



Los conquistadores bajo el mando de Jiménez de Quesada encontraron las *altiplanicies* de Cundinamarca y Tun-dama pobladas por una raza indígena, los Muisca, ya dados á la agricultura, y con principios de vida civil y política. Las regiones que ocupaban esas poblaciones indígenas tenían la ventaja de climas benignos y poseían extensos terrenos propios para las crías de ganados y animales domésticos. Al lado occidental se extendía el gran valle del Magdalena, de clima cálido pero sano y habitable, con inmensas sabanas ó dehesas de pastos naturales, igualmente propios para la ganadería.

Fue así como los colonos españoles encontraron más abundantes y fáciles medios de subsistencia en estos territorios, y la comodidad de apropiarse los servicios de los indios que habitaban esas regiones. No discuto en modo alguno sobre los medios legales ó ilegales con que lo consiguieron; el hecho existe, y los colonizadores españoles pudieron desde el principio *aprovecharse del trabajo de los naturales*.

Pronto, pues, se fundaron muchas poblaciones, entre las cuales cito á Tocaima y Mariquita, sobre el valle del Magdalena. Para ese tiempo el Gobierno colonial estaba á cargo de la Real Audiencia de Santafé de Bogotá, y algunos colonizadores quisieron fundar ó fundaron una nueva villa con el nombre de Nuestra Señora de la Victoria, al Norte del río Guarinó. La Real Audiencia, al saberlo, improbó lo hecho; y por acuerdo especial prohibió absolutamente nuevas fundaciones al Norte del precitado río, es decir, **prohibió poblar en lo que hoy es Antioquia.**

Las razones que tuvo la Real Audiencia eran muy correctas entonces; el número de colonos españoles era demasiado pequeño para poder dar importancia y solidez á las poblaciones ya fundadas, y si ese pequeño número se dispersaba más y más, el cuerpo colonial se iría debilitando y todo el sistema podría sucumbir ante un levantamiento general de los indios. La rebelión posterior de los Pijaos,

que no pudo reprimirse sino después de una guerra desastrosa y larga con la ayuda de los indios Coyaimas y otras tribus amigas, justificó esas previsiones.

Mas esta resolución de la Real Audiencia no podía afectar lo ya existente, es decir, á las fundaciones ya creadas y que gozaban de existencia legal, que eran Antioquia, en el valle de Ebéjico, sobre el río Cauca; Valdivia y Cáceres, sobre el mismo río; Zaragoza, sobre el río Nechí, y Nuestra Señora de los Remedios, en las montañas al Nordeste, que desde entonces eran lugares afamados por su riqueza en oro. Es, á propósito de estos lugares, un hecho muy curioso el que ninguno de ellos, á pesar de su antigüedad ó de su riqueza, haya prosperado notablemente en cotejo con las demás poblaciones que más tarde se fundaron en la provincia de Antioquia. La ciudad de este nombre vegetó tristemente, y al cabo de dos siglos perdió su carácter de capital, cediendo ese puesto á su afortunada rival Medellín; Cáceres y Zaragoza nunca han dado señales de adelanto, siendo hasta el día presente aldeas sin importancia propia, á pesar de ser puertos fluviales; Valdivia nunca fue sino un nombre, quedándose en breve sin pobladores. De modo que por mucho tiempo la provincia de Antioquia fue sólo una sombra como entidad política.

Debo, sí, añadir algunas observaciones para aclarar el asunto. En toda la extensa comarca que demora al Norte del páramo de Ruiz, cortada en dos por el río Cauca, y comprendida entre el río Magdalena y la Cordillera Occidental, sólo existía una pequeña extensión de terrenos *abiertos*, ó sea de lomas y pastos naturales, en lo que los primeros colonos venidos por el golfo de Urabá, llamaron el valle de Ebéjico; todo el resto de ese territorio estaba cubierto de espesos bosques primitivos, donde vivían dispersas algunas tribus de indios salvajes y bravíos, protegidos contra la conquista por la naturaleza misma del terreno tan montañoso y cubierto de bosques. A estas condiciones vino á unirse el hecho, fundado en las mismas ra-

zonas naturales, de no tener caminos para comunicarse con el mar. La vía á Urabá nunca ha sido un camino usual para recuas, y entonces era una mera trocha para viajeros pedestres; y el malísimo camino que abrieron los españoles, de Antioquia á Valdivia, tampoco prestaba buenos servicios, por atravesar montañas desiertas y erizadas de dificultades.

A estos inconvenientes se unían otros no menores, cual era la escasez de todos los productos alimenticios; en esas selvas no se podía criar animales domésticos sin largos y costosos trabajos de desmonte, para los cuales era insuficiente la escasísima población de entonces, ni se conocían siquiera las semillas de pastos útiles, y así la hechura de una dehesa para unos pocos animales, era cuestión de largos años de labor.

Así se concibe cuán duros hubieron de ser los comienzos para unos pocos colonos, sin caminos, sin recuas y sin brazos para la enorme labor que tenían por delante; y únase á esto que en aquellos territorios despoblados no podía establecerse el sistema de *encomiendas de indios*, que dio desde el principio tanta comodidad á los colonos de otras regiones, ni se podía poblar á consecuencia de la prohibición de la Real Audiencia, ya citada.

Fue bajo estas desfavorables condiciones como se empezó á poblar el territorio de Antioquia, el cual sería hoy un verdadero desierto inhabitable si no fuera por la circunstancia excepcional de haberse acreditado desde los primeros días de la Colonia como territorio rico en oro, y decir rico en oro de un territorio era en aquel tiempo cosa bien distinta de lo que es hoy: entonces quien venía de España traía por única misión adquirir de cualquier modo el codiciado metal.

Para ese tiempo ya existían los puertos de Santamarta y Cartagena, á donde concurrían los aventureros de todas partes en busca de oro, y como el procedimiento ele-

mental de quitarle las joyas á los indios, por bien ó por mal, no podía ser ilimitado, hubieron de llegar al punto de tratar de obtenerlo de las minas; y fue así como se llegó á aplicar algún número de colonos, no ya como conquistadores, sino como *trabajadores*. Estos entraron al territorio de Antioquia por los citados puertos de Cartagena y Santamarta; se creó el puerto fluvial de Mompós sobre el río Magdalena, del cual se proveían los de Zaragoza, Valdivia y Cáceres, que fueron bases de explotación de las minas de Remedios, Candevá y otras.

Por otro lado, los pobladores de Victoria penetraron por su cuenta á las montañas antioqueñas, y unos y otros, no pudiendo hacer fundaciones legales, se atuvieron á sus propias fuerzas, y las empezaron á hacer por su cuenta y riesgo.

Fue así como un reducido número de colonos se enseñó, en virtud de una prohibición oficial, á trabajar y á poblar *contra la voluntad del Gobierno*, el cual no podía obrar en contra por falta de medios y de vías de comunicación. Los colonos estaban protegidos por las distancias, la soledad y la escasez, contra las cuales iban á luchar en silencio durante más de dos siglos!

Para formarnos una idea aproximada de esa larga lucha ignota, no tenemos datos directos; pero indirectamente sí los podemos tomar por cotejo. A fines del siglo xviii, si no me engaño en 1790, se formó un censo de la provincia de Antioquia, que dio 75,000 habitantes; y otro de 1805, dio 90,000 habitantes. Nadie sabe cuántos colonos habían venido en el siglo xvi, fuera de los pocos expedicionarios que trajo Jorge Robledo, fundador de Antioquia; pero la mayor parte eran hombres venidos de España en busca de fortuna, que de uno en uno ó por pequeños grupos se internaron á esas montañas, é hicieron de ellas su *habitat*, adaptándose á las extremas condiciones de aquellas rudas montañas.

Y es en esa lucha secular contra una naturaleza adversa como se han formado por selección tanto la raza humana como las razas de animales domésticos que habitan aquellas montañas. Para el hombre, los detalles se explican al conocer las duras condiciones por que tiene que pasar una familia desde que empieza á descuajar un monte primitivo. Para aquellos colonos la cuestión era de vida ó muerte, puesto que el que no tomaba el hacha y la azada para desmontar y cultivar, no tenía más perspectiva que el hambre y el desastre; y es de creer que muchos debieran regresar ó emigrar á otros lugares sintiéndose incapaces para resistir tan repetidas fatigas, quedando sólo en pie un número selecto de hombres adaptado ya á su nueva vida; y por supuesto que los hijos y descendientes de éstos ya debieron recibir la herencia como cosa corriente, puesto que sobrellevaron los hechos naturales y artificiales desde su infancia.

Durante los siglos xvii y xviii, y hasta mediados del xix, no tuvieron los habitantes de Antioquia lo que por tolerancia podría llamarse siquiera caminos de herradura, sino malísimas trochas de montaña, por donde se transportaban, *á espaldas de hombres*, los viajeros y mercancías; por excepción, y en cortas distancias, se acarrea- ba carga en bueyes, y muy excepcionalmente en mulas, esto ya en el siglo xix. En esos tiempos las crías de ganado de cuerno y caballar eran tan pobres y escasas, que hacia 1850 todavía se llevaban al interior de Antioquia cargamentos de carne salada y sebo del Valle del Cauca, los que tenían que transitar gran parte, si no todo el camino, desde Cartago, á lomo de hombres; y baste este solo detalle para explicar cuán dura debió ser la vida de los pobladores durante esos siglos de primitiva adaptación.

## II

### DESARROLLO DE LA POBLACIÓN

Dije atrás que los primitivos núcleos de población eran muy pocos, y cité á Antioquia, Remedios, Zaragoza,

Cáceres y Valdivia. Además, se había fundado á Santiago de Caballeros en el sitio de Arma; pero esta población no pudo sostenerse allí, y más tarde fue trasladada á Rionegro, abarcando su jurisdicción desde la Quebra de Santodomingo hasta el río Chinchiná (cerca de la tercera parte de todo el territorio de la antigua Provincia).

Por supuesto que al hacer esa traslación no se tuvo en cuenta sino el hecho de que la población era nula en Arma, y que en Rionegro ya existían unas pocas familias.

Fue en el curso del siglo xviii, cuando se llegó á tener algo más de población, que se fundaron algunos pueblos y villas, entre los que son de citar Copacabana y Medellín en el valle del Aburrá, y Santarrosa en la *altiplanicie* de Los Osos. Fue durante ese siglo cuando un Virrey hizo un viaje á Antioquia á fin de *reducir á la vida civil* las nuevas poblaciones que se habían creado por los agricultores y mineros, las que se llamaban *cimarronas*, porque enseñados á vivir en esas selvas en primitiva libertad, no admitían ni reconocían autoridades civiles ni eclesiásticas —hecho muy curioso cuanto poco conocido. El Virrey fue á Antioquia acompañado por una pequeña escolta, con el propósito de hacer reconocer la autoridad regia por aquellos semi-salvajes, que no opusieron por lo demás la menor resistencia al representante de Su Majestad Católica. En lugar de los feroces montañeses que se hubiera creído, el representante de la regia autoridad sólo encontró familias bondadosas y pacíficas sin más armas que sus hachas y calabozos, desmontando y cultivando esos abruptos bosques.

El Virrey nombró algunas autoridades para las nuevas poblaciones, probablemente de entre sus mismos sencillos habitantes; y así la población siguió en su natural desarrollo hasta principios del siglo xix, cuando, según dije al principio, un censo de 1805 reveló la existencia de una población de cerca de 90,000 habitantes.

Noventa mil habitantes, en circunstancias tan adversas como oponían esas montañas, es una cifra bien peque-

ña para un país tan lejano del mar, desprovisto de vías de comunicación y relativamente estéril y casi desprovisto de otros elementos de exportación que el oro. Su misma población excluía la afluencia de inmigrantes, de los cuales no creo hayan venido á Antioquia arriba de unos veinte durante el último siglo. Pero ese pequeño núcleo de población en cuanto á su número, era escogido en cuanto á sus cualidades : en dos siglos de selección y de trabajo los hombres se habían endurecido y habían aprendido la ruda misión de *pobladores de montañas*, y disponían de amplio campo donde aplicar sus facultades. Los elementos de que disponían eran bien pocos por cierto ; eran gentes pobres, pero habituadas al trabajo, y con él mismo habían sabido conservar vivos sentimientos religiosos y un espíritu de unidad de familia como se ve en rara parte. En mi sentir, es á ese espíritu de familia tan bien desarrollado en todas las clases del pueblo antioqueño, y principalmente entre los campesinos, á lo que se debe el desarrollo extraordinario de esa raza y á lo que ella deberá su engrandecimiento futuro.

De los pocos pueblos fundados á principios del siglo XIX, la población que entonces existía fue irradiando y extendiéndose en todas direcciones, pero principalmente hacia el Sur y Sudoeste. La preferencia en estas direcciones se explica por ser en ellas los territorios más fértiles. Así han surgido del seno de las selvas sucesivamente pueblos y ciudades que fundados originalmente por cuatro ó seis familias, han llegado después de pocos años á ser notables. En los últimos ochenta años, el Sur, á partir de Rionegro, que fuera su cabecera, se ha poblado ya, se han creado ciudades florecientes, populosas y ricas como La Ceja, Abejorral, Sonsón, Aguadas, Salamina, Neira, Aranzazu, Filadelfia y Manizales. Sonsón tiene más de 35,000 habitantes y Manizales más de 30,000, todas, ó casi todas las demás son poblaciones de más 10,000 habitantes.

En la segunda mitad del siglo XIX se han fundado y desarrollado en el Sudoeste, Andes, Jericó, Concordia,

Salgar, Tamesis, Jardín, Valparaíso y Nueva Caramanta, entre las cuales descuellan Andes y Jericó por su notable prosperidad y riqueza, con población de más de 15,000 habitantes cada una, y las demás con 5,000 á 10,000 habitantes las menos.

Simultáneamente la población se ha extendido en otras direcciones: al Nordeste se han fundado y desarrollado Concepción, Santo Domingo, San Roque, Yolombó, Amalfi y otras que van surgiendo en nuestros días del seno de los bosques.

Igual suceso ocurre hacia el Norte y Occidente, donde en pocos años se han desarrollado villas tan importantes como Carolina, Yarumal, Ituango, Frontino y otras menores que adquirirán su importancia muy en breve, pues la ley de vida que las anima es la misma y subsistirá en la raza que las ha creado.

### III

#### ENSANCHE TERRITORIAL

Lo dicho hasta aquí muestra cómo fue poblado el territorio que recibió el nombre de Provincia de Antioquia y cómo se ha formado la raza que llaman antioqueña ; mas creo conveniente añadir algunas observaciones sobre el modo como esa raza ha llevado su trabajo y su influencia á otras regiones.

Con la fundación de Manizales y Nueva Caramanta, la población había llegado á mediados del siglo XIX á los límites políticos de su provincia, y entraba en contacto inmediato con territorios pertenecientes al Cauca y Tolima, formados en casi su totalidad de montañas y bosques inexplorados, reputados como baldíos de propiedad nacional. Pero los pobladores obedecían, más que todo, á sus costumbres adquiridas en el curso de tres siglos ; para ellos no había fronteras, ni eso les importaba ; lo que necesitaban era terreno inculto, más montañas donde llevar su ac-

tividad, donde emplear su trabajo, donde asegurar campo de acción y medios de vida á su fecunda prole. Ahí estaba el territorio abandonado á la naturaleza, y fueron sencillamente á su conquista, sin pensar que fuera Cauca ó Tolima..... “¡Que tiemble el monte!” dijo Guillermo Pereira.

De esta *invasión* de los antioqueños sobre las selvas ignotas del Ruiz y el Quindío han surgido, durante los últimos treinta años, pueblos como los de las provincias del Norte del Tolima, del Quindío, Marmato y otros que están en cierne, destinadas á sorprender al observador, y sobre las cuales creo deber decir algo más.

Lo más que se sabía sobre el Quindío hasta 1840, consta en un escrito del Sr. D. Pedro Fernández Madrid, notable publicista, titulado *Viaje al través del Quindío*. Ese escrito, bien estudiado, describe las peripecias del viaje al través de esas montañas, totalmente inhabitadas entonces desde Ibagué hasta Cartago, si no es por los animales salvajes. El camino ó vereda por donde se transitaba desde tiempos de la Colonia, no era utilizable para mulas, y el ilustre escritor hubo de hacer el viaje á espaldas de cargeros ibaguereños, arriesgando aquí á morir desnucado, allí devorado por el tigre, sin encontrar lugar alguno donde reposar de sus fatigas hasta llegar á un lugar á las márgenes del río La Vieja, donde hallaron una casa abandonada. Esa casa había sido construída por un ibaguereño, el cual, según dicho de los cargueros, había tenido que abandonarla por disgustos con los cartagüeños. Al fin de muchos días de penosísimo viaje, el Sr. Fernández Madrid llegó á Cartago, donde ya encontró mulas y tierra llana para continuar su viaje.

Hay un incidente que debo referir á propósito de este escrito del Sr. Fernández Madrid:

En 1898 yo no conocía ese estudio, y viajando por el Quindío, llegué á posar en una hacienda de un antioqueño amigo mío; el dueño de casa estaba ausente y sólo había

allí un cuidandero; la sirvienta, una joven antioqueña, me atendió bien, dándome de comer, y después de la comida me condujo al dormitorio y me dijo:

“Si usted quiere leer algo antes de acostarse, ahí, en ese estante, puede usted escoger lo que prefiera.” Al acaso tomé un cuaderno, y era el *Viaje al través del Quindío* ya citado, el que leí con la mayor curiosidad, diciéndome: “Veamos qué pensó del Quindío nuestro notable publicista.” Con sorpresa vi que el autor no se ocupó sino de los incidentes de su viaje, y que atravesó ese interesante y extenso territorio, tan espléndidamente dotado por la naturaleza, sin atribuirle importancia alguna, ni prever su destino futuro.

A tiempo en que ocurría ese viaje, los primeros pobladores antioqueños apenas estaban descuajando bosques en Abejorral y Soñón; y sólo fue hacia 1847-48 cuando las primeras avanzadas de pobladores llegaron al río Chinchiná, frontera norte de la actual Provincia del Quindío. Aquí llegamos al punto notable de este parangón. Las condiciones y cualidades de aquel extenso y fértil territorio, que habían pasado inadvertidas á la vista de un publicista tan notable como el Sr. Fernández Madrid, fueron descubiertas y estudiadas por aquellos rústicos montañeses antioqueños, los cuales han necesitado dos generaciones para ponerlas de relieve con la fundación de diez ó más poblaciones, y la creación de grandes riquezas y magníficas haciendas, fruto de su asiduo trabajo.

No estará de más referir cómo proceden esos montañeses. El hecho elemental para poblar es el reconocimiento preliminar del territorio; y al efecto se ha creado una industria especial que facilita notablemente la difícil tarea de explorar las cordilleras y montañas: esa industria es la de *guaqueros*, consistente en excavar las sepulturas de los antiguos indios. Al efecto, se forman compañías de tres ó más *guaqueros*, los que con los recursos que pueden reunir se proveen de los víveres más necesarios, escopetas

y municiones de cacería y penetran á las montañas en busca de guacas, á fin de extraer los tesoros enterrados por los antiguos indios. De esas guacas las ha habido muy ricas, otras medianas y las más muy pobres. Pero el gran fin social que han llenado y siguen llenando los guaqueros, no es el de sacar á luz y circulación el oro oculto por otras razas salvajes; el gran fin humano y social que han llenado y siguen llenando esos singulares industriales es el de ser los exploradores de los territorios desconocidos—ellos sirven á los colonos de *Sociedad Geográfica*. Los guaqueros son hijos, hermanos ó amigos de los pobladores, y pobladores ellos mismos. Después de correrías, que duran á veces largos meses, regresan á sus hogares, á donde llevan detallada relación de sus aventuras con observaciones sobre el territorio recorrido, su posición en relación con los caminos y centros de consumo, clima, aguas, calidad de los terrenos, y en fin, cuantos datos prácticos sea dable reunir, con los cuales se forma el plan preliminar para utilizar un territorio nuevo.

El principio general y base económica de los pobladores antioqueños es el de no plegarse á ser arrendatarios, sino el de hacerse propietarios con su solo trabajo, *mejorando*, dicen ellos, lotes de tierras baldías. Las familias antioqueñas, en general, son muy numerosas, y esto que en las ciudades constituye un gravamen muy oneroso, no lo es para esos trabajadores patriarcales, pues á medida que crecen los jóvenes, concurren con su trabajo al bienestar común; y cuando esas familias numerosas se encuentran estrechas en su lugar de origen, resuelven el problema de la vida de un modo muy sencillo. Alguno ó algunos se ponen en acción, á veces enrolándose en una expedición de guaqueros, á fin de estudiar un punto donde haya tierras baldías; una vez conocido un sitio que les satisfaga, se proveen de víveres y herramientas, y hacen en el lugar escogido una rocería ó derriba de monte; mientras ésta se seca y está de quemar, trabajan á jornal para ganar algo y hacer

recursos; á su tiempo queman y siembran su roza, y sembrada que está, se van á trabajar en otra parte mientras su roza está á punto de producir. Entonces se trasplantan al nuevo lugar con su esposa é hijos, viviendo al principio en pobres ranchos mientras se hacen una casa más adecuada. El gran *desideratum* del poblador antioqueño, una vez que tiene su *posesión* en embrión, es adquirir una vaca “para tener leche para criar sus hijitos,” y después, con la ayuda de Dios, ir desarrollando su finca á fuerza de trabajo y perseverancia.

Muchas veces estas fundaciones se hacen por cooperación entre miembros de una misma familia. Cuatro ó más hermanos y cuñados deciden ir á establecerse en un territorio nuevo, y trabajan en conjunto para hacer una fundación para cada uno, ejecutándola por turno, á veces de modo que sean servidos primero los mayores ó los ya casados. Con este sistema cooperativo he visto proceder á una familia de seis hermanos, cuatro hombres y dos mujeres, quienes habiendo emigrado juntos, se prometieron ayudarse mutuamente; el mayor era casado, y entre todos trabajaron haciendo la *posesión*, destinada al mayor, con una buena casa y plantaciones, de que vivían todos ellos. Al arreglar matrimonio cada uno de los otros cinco, la comunidad trabajó en conjunto para prepararle una casa igual á la del mayor, con sus respectivas sementeras; y es de citar el caso de que los pretendientes ó novios de las dos mujeres ingresaron á la comunidad en idénticas condiciones. Es muy notable ese modo práctico de dotar á las hermanas!

Cuando conocí esa notable familia, ya estaban casados cinco de ellos; todos tenían sus casas propias y sus terrenos y cultivos; de esos cinco matrimonios había surgido una prole de *cuarenta y dos niños*, y todos los padres eran aún jóvenes!

Esto demuestra mejor que toda otra observación el sistema de hacer capital con el mero trabajo.

Es por procedimientos semejantes como se crean pueblos y ciudades. De acuerdo, unos cuantos trabajado-

res estudian una localidad y deciden fundar una nueva población; van al lugar designado, trazan la plaza y construyen unas pocas casuchas, á otros bien luégo se les asignan sus lotes; entre todos levantan su iglesia, casa para escuela, etc., y al cabo de pocos años héteme aquí un Sonsón, un Manizales, un Pereira y ciento más; de modo que lo que era desierto y selva tenebrosa, viene á convertirse en una rica provincia, como el Quindío. El observador que ve en sus principios un pueblo de esos, y vuelve cuatro ó seis años después, se sorprende al ver la extensión y solidez de esas creaciones surgidas de los bosques como bajo una varilla mágica.

Las poblaciones antioqueñas así formadas ocupan hoy los Departamentos de Antioquia y Caldas, y parcialmente los del Cauca y Tolima, en escala aún más limitada en una parte al Sur de Bolívar. Además, hay un número muy considerable de antioqueños diseminados en todo el resto del país.

La población antioqueña, en pueblos y ciudades regularmente establecidos, en terreno continuo, puede estimarse hoy en 1.200,000 habitantes. Al principio del siglo XIX había un antioqueño por cada veintiún granadines; hoy hay, suponiendo á Colombia una población de seis millones de habitantes, uno por cada cinco.

Hay motivo para creer que la raza antioqueña se duplica cada veintidós años, y es de creer que lo mismo siga sucediendo mientras haya tierras desocupadas que poblar. En tal caso, la población antioqueña será para 1929 de 2.400,000, y para 1951 de 4.800,000 habitantes, ó sea una población más importante que la actual de Perú y Chile, ó que Venezuela y Ecuador reunidos, á menos que circunstancias excepcionales vengán á estorbar su crecimiento y desarrollo.

Es este en conjunto un fenómeno social digno de estudio y consideración, si se compara con el desarrollo de otras sociedades que deben su crecimiento á la inmigración: en Antioquia no la ha habido sustancialmente, sien-

do de contar en los dedos de las manos el número de extranjeros que se haya establecido en la comarca.

Dejo á escritores mejor dotados el describir á su modo los rasgos buenos ó malos del carácter antioqueño, producto de una vida aislada durante tres siglos largos entre esas montañas casi inaccesibles; durante esa larga gestación se han mantenido allí los sentimientos de familia, base de la sociedad, apoyados en un profundo sentimiento religioso, muy natural en aquella vida de trabajo y en continuo contacto con la naturaleza, alejados del contacto con otros pueblos. De estas condiciones excepcionales no podía menos de surgir un carácter propio, con espíritu rutinario y un tanto exclusivista. Convencido de su capacidad como creador y poblador, se siente el antioqueño con *destino manifiesto*, y esa raza poblará hasta el Caquetá y tal vez hasta Patagonia...

Para que el antioqueño cumpla debidamente su misión, necesita un sistema de instrucción pública muy perfeccionado; siendo un hecho notable que ese pueblo de agricultores y mineros lo hace todo por rutina y nada por ciencia.

Se me puede decir que sólo he descrito una parte del pueblo antioqueño y que hay muchos que no son pobladores.... A eso debo decir que en toda sociedad hay diferenciaciones que tienen causas naturales, y que tal vez sean necesarias. Los antioqueños que por instinto ó por educación se han separado del destino y modo de ser de la raza, son como los de todas partes; pero no por eso la masa, la gran masa de trabajadores, dejará de seguir su camino ascendente y progresivo: quien lo dude, que vaya á pasearse por las cordilleras Central y Occidental dentro de diez ó veinte años, y que compare lo que vea con los mapas de hoy en la mano.

La divisa de la raza debiera ser:

“Monte y hacha.”

